

La herencia intelectual de Gonzalo Picón Febres ha significado un rico aporte al panorama de las letras nacionales. El estudio y valoración de su ensayística – histórica y crítica– así como de su poesía y narrativa continúan siendo una gran deuda de los estudiosos venezolanos.

Su perspectiva analítica y sus obras de creación fueron postergadas en el reconocimiento de sus contemporáneos, al menos en el país no hubo la entusiasta recepción que disfrutaron otros autores del momento, cayendo sobre él una "conspiración de silencio". No es fácil encontrar las ediciones originales de sus obras; pocas han sido reeditadas y la novela que ofrecemos, **El Sargento Felipe**, no obstante sus ediciones anteriores resulta una rareza bibliográfica. Por ello vale este intento de reinsertar en la dinámica de la narrativa venezolana una obra que fue y es, más allá de lo literario, documento testimonial de una época convulsa y polémica.



CLASICOS  
MERIDEÑOS  
Fondo Editorial SOLAR

Gonzalo Picón Febres

EL SARGENTO FELIPE



## EL SARGENTO FELIPE

Gonzalo Picón Febres

EDICIONES SOLAR



Colección  
Clásicos Merideños

ISBN 980 - 6350 - 20 - 0

© Fondo Editorial SOLAR. Dirección de Cultura Edo. Mérida. 1993  
Av. 4 N° 25 - 32. Mérida. Edo. Mérida. Venezuela. Tlf: (074) 525010

1ª edición, Caracas, 1899  
1ª edición, Fondo Editorial Solar, 1994

Foto de Portada  
*Casa del Chirigua*  
Aldea Chiquiá, Mucutuy, Edo. Mérida  
GONZALO FRAGUI

Diseño de colección y portada: Gonzalo Fraguí  
Lasercomposición: VERTICE Editores  
Impresión: Editorial Venezolana C.A.

Impreso en Venezuela. Printed in Venezuela

**Gonzalo Picón Febres**

# EL SARGENTO FELIPE

Prólogo y cronología

**Gregory Zambrano**



*Solar de Clásicos Merideños*  
DIRECCIÓN DE CULTURA DEL ESTADO MÉRIDA  
CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA CONAC  
1994

## **EL SARGENTO FELIPE: TESTIMONIO Y SIMBOLO**

*Para Domingo Miliani,  
maestro siempre*

En el extenso y polémico panorama de las letras venezolanas de fines del siglo XIX, el nombre de Gonzalo Picón Febres (1860-1918) posee un lugar de privilegio. No es éste producto del reconocimiento o valoración que el autor disfrutó en vida, sino al contrario, por el silencio que en el momento se posó sobre buena parte de su producción intelectual, que traspasa con una dinámica constante hacia los primeros años del siglo XX.

Desde luego, es necesario acotar que el ejercicio poligráfico que caracteriza a muchos de los más brillantes intelectuales de aquella época tiene en Picón Febres un modelo singular: ensayista, poeta, narrador y crítico literario. Su obra está marcada fundamentalmente por un ideario nacionalista que expresó de manera constante en las distintas facetas de su dilatada trayectoria intelectual.

Nacido en Mérida durante el desarrollo de la Guerra Federal (1859-1864), Gonzalo Picón Febres se formó inicialmente en su ciudad natal para luego trasladarse en plena adolescencia a la capital venezolana a continuar estudios universitarios. Los acontecimientos que se suscitaron en el país luego de la firma del Tratado de Coche (1864) que puso fin a la Guerra Federal, llevaron al escenario político nacional a Anto-

nio Guzmán Blanco, quien asumió el poder desde 1870, manteniéndose en él hasta 1884, a través de dos períodos que siguen valorándose, en el balance histórico venezolano, entre los más polémicos.

Por un lado se insiste en el carácter «modernizador» de su proyecto político amparado en el favorecimiento del capitalismo como norma garante del progreso material, y en el positivismo como la nueva «ciencia» que vendría a impulsar al país por los caminos del orden y el progreso. Es así como se justifica un proyecto ideológico que intentaba asimilar las condiciones especiales de Venezuela luego de la guerra, para imponer una disciplina, justificada como necesaria para el orden; era imperante un consenso de paz para cimentar un proyecto educativo y adelantar simultáneamente el desarrollo material.

La filosofía positiva se impone en el país a partir de 1870 y desde el ámbito universitario. Adolfo Ernst (1832-1899) y Rafael Villavicencio (1837-1920) fueron los encargados de impartir las cátedras de Historia Natural y de Historia Universal, respectivamente; ambos echan las bases de la primera generación positivista venezolana y son los destinados a velar por el desarrollo efectivo de aquella doctrina filosófica en el nuevo sistema educativo que comienza a generarse desde la Universidad de Caracas. Esta atmósfera habría de trascender las aulas universitarias para impregnar relativamente todos los órdenes de la vida nacional. Esto involucró la prensa, fundamentalmente **El Cojo Ilustrado** (1892-1915), hasta organizaciones académicas como la «Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales» (fundada en 1863), el Instituto Venezolano de Ciencias Sociales (1877), la Sociedad Amigos del Saber (1882) y la Academia Venezolana de la Lengua (1883).

Es en este período cuando se gestan de manera colectiva las promociones intelectuales más importantes del país cuya hegemonía, fundamentalmente en relación al pensamiento y a la literatura, habría de acentuarse y consolidarse desde entonces y hasta los primeros años del gomecismo. <sup>(1)</sup>

El positivismo abrió un cauce a los escritores hacia un plano de mayor conciencia, es decir a la justificación del por qué y el para qué de su trabajo creador; por ello, el planteamiento de lo nacional aparece matizado por asimilaciones que ameritaban ser mostradas tal y como eran en la realidad.

Es así como se imponen los intentos de radiografiar la realidad circundante, aun cuando resulte de manera abrumadora, imperfecta y cruel; con ello el artista se distancia de una supuesta evasión con que los románticos, en el mismo contexto histórico y en no pocos casos, postergaban —conscientes o no— lo colectivo frente a lo individual.

El positivismo favoreció la asimilación de tendencias europeas, principalmente del realismo y del naturalismo francés, representado por Emile Zola (1840-1902), afianzándose desde esta corriente cierta oposición al romanticismo que comenzó a desarraigarse cuando algunos intelectuales, partiendo de una recuperación evidente de los elementos nacionales empiezan a asumirse y a valorarse desde la escritura costumbrista:

El proceso novelístico venezolano se adelanta con el costumbrismo, que en nuestras letras es de médula realista. Consumada la independencia nacional, la Venezuela de entonces, rural y provinciana en sus manifestaciones sociales, sólo ofrecía a sus hombres de letras, el quehacer crítico de las cosas cotidianas, insuflado de subjetividad, pero signado a pesar de ello por un realismo siempre presente en todos sus cultores, que viene a ser en última instancia la fuente de nuestra narrativa. <sup>(2)</sup>

Producto de esa valoración, el positivismo refuerza su influencia ideológica y se convierte en un efectivo catalizador de las tendencias literarias familiarizadas con el costumbrismo.

En ese marco de proyectos y prácticas concretas en lo político-ideológico y en lo educativo, se involucró el intelectual merideño, que sería para aquella época uno de sus más vivaces y atentos críticos.

**El Sargento Felipe** se publicó en 1899, un año que aparece singularizado en la literatura venezolana porque también se editaron otras dos novelas importantes: **La tristeza voluptuosa** de Pedro César Dominici y **Todo un pueblo**, de Miguel Eduardo Pardo. Las tres conformarán quizás, puntos de partida para una nueva forma de enfocar lo nacional y el contexto político-social que se vive entonces.

Así **El Sargento Felipe** será valorado como un testimonio vital de las preocupaciones nacionales, frente a la novela de Dominici, marcada por una propuesta decadentista que tiene en lo inmediato puntos de contacto con **Idolos Rotos** (1901) de Manuel Díaz Rodríguez; y **Todo un pueblo**, en la que se configura una nueva concepción del espacio urbano como propuesta narrativa en el contexto de la modernización nacional.

**El Sargento Felipe** se dio a conocer inicialmente en las páginas de **El Cojo Ilustrado**, donde fue anunciada como «Novela Nacional», en el N° 182 del 15 de julio de 1899. Con ilustraciones originales de Arturo Michelena, fue publicándose por entregas en este quincenario hasta el N° 186, del 15 de septiembre del mismo año. Y fue sólo con la publicación de su última parte cuando se reveló su título y el nombre del autor. Para el mismo momento se anunciaba su edición en forma de libro, la cual había sido impresa en los talleres gráficos de Herrera Irigoyen & Cía.

En líneas generales, la historiografía literaria nacional ha reconocido en **El Sargento Felipe** un proyecto narrativo supeditado a sus matrices ideológicas; es en sí una novela de tesis que se escribe para ofrecer un testimonio y con él, denunciar las nefastas consecuencias de las guerras civiles.

Felipe funciona textualmente como un intermediario para la formulación de una tesis, desarrollada a lo largo del relato y que permite, en consecuencia, la elaboración de juicios de valor. Estos representan, en su plano ideo-temático, el fin último que le da razón de ser a la novela, más allá de sus evidentes valores estéticos.

Por ello va desde la circunstancia política que marca las transformaciones de sus personajes—fundamentalmente Felipe— y de las instancias narrativas: espacio-tiempo y nudos temáticos, contrastadas en diferentes planos: la vida en el campo simbolizado en el pueblo de Maraure y signado por un ambiente bucólico y por el trabajo productivo. Esto revela una relativa prosperidad, que es truncada por la aparición de la guerra, hecho que motiva las transformaciones narrativas que engendran finalmente la debacle.

En este sentido **El Sargento Felipe** ha sido ubicado en la corriente del realismo literario, lo cual vendría dado por una evidente valoración del referente, que va desde una ejemplificación de lo particular, hacia una representación de lo colectivo, donde se involucra, a escala mayor, la realidad social. En la novela se asume una problemática particular para realizar una interpretación valorativa de la misma. En ese nivel, su razón operativa se soporta en un plano ideológico dado por el cuestionamiento y denuncia a la guerra civil.

Los acontecimientos que subyacen en la novela pueden seguirse de cerca en el dato histórico a partir del levantamiento del General Matías Salazar, en 1871, contra el gobierno de Antonio Guzmán Blanco. Este hecho impulsó una lucha sin cuartel contra los caudillos que intentaban mantener al país alzado en armas.

Para hacer la guerra era necesario el reclutamiento forzoso de campesinos, que eran llevados a una lucha donde fundamentalmente se movían intereses políticos y económicos, sin que existiera al menos claridad en torno a los ideales que habrían de defenderse.

El marco familiar que se conforma en torno a Felipe Bobadilla, rodeado de Gertrudis, su mujer y Encarnación, la hija, se mueven otros factores que van a realzar su configuración narrativa; fundamentalmente la presencia favorecedora de don Jacinto Sandoval, rico terrateniente que ha cedido a Felipe unas tierras para que éste las trabaje. Don Jacinto habría de convertirse en el capitalizador de los desmanes

sufridos por la familia de aquél, posterior al hecho que lleva a Felipe como recluta, para ser incorporado a una guerra que le es totalmente ajena. Don Jacinto es quien, sacando provecho de la tragedia, ofrece protección a Gertrudis con el único propósito de acercarse afectivamente a Encarnación.

En esa coyuntura Felipe, en tanto sujeto de transformaciones, va desarrollándose desde una positividad signada por su cotidiano hacer en el campo y su modesta pero suficiente prosperidad, hacia una negatividad que le marca a su regreso de la guerra cuando comprueba que ha perdido su casa, sus tierras, su mujer e hija. A partir de ese momento acusará una derrota múltiple, situación que le induce indefectiblemente al suicidio.

El signo trágico de esta novela está dado por el contexto de la guerra, no desde ella ni sobre ella, sino contra una guerra innecesaria y fratricida. Pero es a partir de esta misma circunstancia que Felipe trasciende su rol como personaje, desde el cual oscilan los conflictos novelescos —desatados por su ausencia— para llegar a transformarse, de manera extra-textual, en un símbolo.

Su derrota lo convierte en víctima, pero la suya también será la tragedia de su familia, acechada por quienes sacan provecho de la debacle colectiva, entre ellos Matías, sobrino de Felipe y quien procura a su prima Encarnación. Este prende fuego al rancho con las mujeres en su interior, tomando así venganza ante los constantes rechazos de su prima y la ya certera evidencia de que ésta se entiende afectivamente con Don Jacinto. Ambos, Jacinto y Matías aparecen signados como sujetos de la violencia, tan significativos para la tragedia familiar como la guerra misma.

Matías, personaje dibujado con precisión, en principio aparece como un sujeto lleno de atributos, pero su presencia física y sus valores morales van degenerándose paulatinamente, motivados por su baja estima y el menosprecio que recibe por parte de su prima Encarnación. Esto va engendrando su proce-

so de transformaciones hasta alcanzar una alteridad, condensada en los celos, la rabia y los deseos insatisfechos. Estos elementos lo sumen en un nivel de angustia que, en la medida que lo van trastornando, producen en su otro yo el deseo irrefrenable de la venganza.

El deseo lo mueve a la acción. Quizás el punto de conformación para su ego sería la conquista real de Encarnación. Esa sería una forma de restituir sus valores degradados. No es casual entonces que el vórtice de esa dialéctica lo conduzca a ocasionar el incendio que tiene consecuencia fatales. Con este hecho se concreta lo que viene siendo en el desarrollo de las acciones una tragedia presentida. Por ello la aparición de Matías es fragmentaria, casual y sus acciones van tornando en amenaza su definida personalidad psicópata.

Por su parte, Encarnación aparece sistemáticamente en la novela signada por la pasividad; hacia ella confluye la protección del padre, el celo de la madre y el dividido deseo que la objetualiza entre Matías y Don Jacinto, quien es a la postre favorecido por el afecto de la muchacha. Priva entonces el rol dominante que otorga a Don Jacinto su poder económico y su prestigio social.

Desde esta perspectiva, Encarnación es un personaje absolutamente dependiente —como también lo es la madre— pero perfilada a partir de sus atributos juveniles, por su sensualidad, y belleza natural, matizada por una actitud ambigua ante los pretendientes, detalles que la muestran en una constante actitud de provocación.

Los personajes femeninos adquieren características diferentes, dinamizados por la ausencia de Felipe, y que en cuestión asumen roles distintos motivados por la pérdida de la estabilidad económica y la disminución del sentido de pertenencia. Esto las lleva a una transformación paulatina, que induce el desdoblamiento de su personalidad, hacia una actitud expectante que finalmente, en el caso de Encarnación, la hace ceder ante las peticiones de su futuro amante, justificado de manera

natural por las circunstancias que ésta vive junto a su madre que muere luego de la acción decidida de Matías.

En el marco de las acciones, Felipe es sólo una referencia. Alejado del acontecer cotidiano se convierte en una presencia virtual, pues en el primer plano de los acontecimientos se superponen las relaciones de poder, las del destino infausto y la tragedia colectiva que se va agudizando en su ausencia hasta un desenlace fatal. Este es el panorama que permite configurar, a partir del relato, un realismo que intenta convencer desde el plano dramático, desde el contexto trágico que se va acrecentando. En ese sentido, la intención teleológica de la novela no está centrada en la predominancia de una atmósfera pesimista, sino que más bien tiene una función aleccionadora.

Son éstas las razones por las cuales se cuestiona la praxis caudillista cuyas consecuencias llenaron de angustia, temor y desasosiego tantas páginas de la historia nacional.

Picón Febres fundamenta sus aprehensiones contra el caudillismo. En el referente directo de **El Sargento Felipe** aparece representado Antonio Guzmán Blanco y desde la valoración de su actuación política se acentúan las reservas que el novelista ya había esbozado con incisivo realismo en sus novelas anteriores **Fidelia** (1893) y **Ya es hora** (1894).

Posteriormente, y motivado por los cambios políticos que empezaron a operarse en el país, Gonzalo Picón Febres llega a explicitar sus simpatías por el gobierno del General Cipriano Castro,<sup>(3)</sup> mas en lo estético, mantuvo un criterio de independencia que caracteriza el tono de sus enfrentamientos con los adversarios —fundamentalmente intelectuales— Gil Fortoul, César Zumeta, entre otros. En ese sentido Gonzalo Picón Febres mantuvo una posición crítica frente a las tendencias ideológicas y estéticas que venían confluyendo en esos años polémicos de los noventa:

Picón Febres sostendrá su batalla equidistante entre Positivismo y Modernismo, de una parte; de otra, las imposiciones de un Romanticismo extemporáneo, atrin-

cherado en la Académica de la Lengua, donde acaudillaban don Julio Calcaño y sus seguidores, empeñados en no admitir otros modelos que no fueran los del «buen gusto» neoclásico y un sentimentalismo católico donde se tamizaba el Romanticismo.<sup>(4)</sup>

Oswaldo Larrazábal Henríquez en su **Historia y crítica de la novela venezolana del siglo XIX** ha señalado de manera sintética este elemento al afirmar que: «*El quid de la posición de Picón Febres, establecido en la tesis de su novela, está en la defensa que hace de la paz, como medio para obtener el progreso; y por ello no puede evitar el pronunciamiento que hace contra las guerrillas y el caudillismo.*»<sup>(5)</sup>

### III

La ya larga polémica existente sobre el surgimiento de la novela nacional ha dividido opiniones y posiciones sobre el desarrollo mismo de la narrativa. Autores, fechas y títulos se confunden y disputan los privilegios de la iniciación. No obstante, para delimitar el surgimiento de la novela nacional no es suficiente fijar una fecha y elegir una obra, hacen falta también otros elementos que ayuden a concatenar los hitos significativos desde una perspectiva amplia que sólo podrá ser resuelta por la determinación y análisis del proceso literario.

Así, el tránsito de la novela nacional, donde se debate la consideración de unas obras escritas por autores nacionales —aun cuando la temática tratada no atañe a lo vernáculo— encuentra en Fermín Toro el pionero, quien con su novela **Los mártires**, publicada por entregas en el **Liceo Venezolano** (1842), había abierto la discusión sobre el verdadero sentido de lo nacional, expresado novelísticamente. Esta orientación pasa de manera tangencial por otras obras como, por ejemplo, **Dos duelos a dieciocho años de distancia** (1857) de Heriberto García de Quevedo y se extiende definitivamente hasta **Peonía** (1890) de Manuel Vicente Romero-García.

Pero en ese marco cronológico, la constitución del proceso de la narrativa venezolana continuó incorporando obras

germinales para una valoración «de lo nacional» que arranca, poco antes, en 1882, con la publicación de **Zárate**, de Eduardo Blanco. Lo propio habría que reconocer desde una valoración meramente histórica, en la recuperación para la narrativa de episodios relevantes del pasado político y militar de Venezuela, perfilado por el mismo Blanco en sus «Cuadros Venezolanos», que se editaron en forma de libro en 1881 con el título de **Venezuela heroica**.

Volviendo al punto inicial de esta discusión debemos retornar necesariamente a **Peonía**, obra que vendría a ser el vértice de la confluencia de elementos románticos con los realistas y que, simultáneamente, producen la reafirmación del cuadro de costumbres con la pasión reformista. La sumatoria de todos estos elementos vendría a abrir, casi de manera inmediata, los caminos para la proclamación del criollismo en Venezuela, tendencia que viene a ser la contrapartida de la estética más polémica entre aquellas que se entronizaron durante esos años: el modernismo.

En esa coyuntura se definen las orientaciones críticas, siendo mayormente generalizada la tendencia que reconoce en Romero-García a un iniciador del criollismo, y han defendido el año 1890 como su partida de nacimiento. <sup>(6)</sup> Otras tendencias, sin dejar de reconocer los aportes del autor de **Peonía**, no dejan de verlo como padre ilegítimo de una valoración nacionalista que tiene en el decurso de la historia sus ascendientes pioneros. Rafael Di Prisco ha puesto a dialogar las diferentes tesis referentes a esta polémica iniciación, incluyendo también su juicio de valor ante el proyecto de hacer novelas partiendo de una incorporación de lo nacional:

A partir de **Peonía**, e ininterrumpidamente hasta 1899, el ambiente rural ha venido siendo objeto de una valoración como elemento de inspiración novelesca que después del paréntesis modernista sufrirá un proceso de revalorización que se caracterizará por un mayor aliento creador(...). <sup>(7)</sup>

Si bien es cierto que **Peonía** cierra un ciclo —el exótico, o

extranjerizante, como se le quiera llamar— también es cierto que inicia otro que trasciende el siglo y se adentra con fuerza en muchas de las mejores novelas de la primera parte del siglo XX. En esa confluencia podríamos mencionar aquellas que parten de una valoración del elemento nacional y sus problemáticas como **¡En este país!** (1916) de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, hasta otras cuyo denominador común suele partir de las tesis positivistas que revisan los problemas nacionales —históricos, políticos, naturales, geográficos, etc.— con lo cual sostenían un modelo ideológico que aparentemente se negaba a agotarse y que se cierra en el ciclo de Rómulo Gallegos, fundamentalmente con **Doña Bárbara** (1929). <sup>(8)</sup>

Pero no podemos olvidar que simultáneamente con la asunción de lo nacional, a partir de su problemática diversa, algunos escritores como Díaz Rodríguez o Pedro César Dominici, convierten en arte sus preocupaciones existenciales, y ejercitan una escritura —tanto en el discurso reflexivo como en el narrativo— que es reflejo de un decadentismo epocal que marchaba de manera simultánea con el proyecto modernizador, amparado en lo estético por el modernismo.

Aquí tendríamos que ubicar obras como **Idolos rotos** (1901), en la cual se palpa cómo sucumbe el ideal —individual y colectivo— en medio de un mundo demasiado hostil y contradictorio para el artista soñador. Siendo así, existe una tendencia a relacionar acriticamente el vínculo existente entre modernismo y decadentismo. Gonzalo Picón Febres, en tanto crítico literario se mostró como un severo evaluador de la tendencia decadentista, expresada por algunos de sus contemporáneos. Por ello sus juicios son lapidarios cuando analiza la obra de autores como Pedro César Dominici. <sup>(9)</sup>

El realismo en **El Sargento Felipe** como señalamos antes vendría dado por una evidente valoración del referente, desde cuya ampliación involucra al inmenso entorno de la realidad social. Al aludir su problemática hace de manera necesaria, una interpretación valorativa de la misma. Este es en sí su plan, y en la praxis escritural su matriz ideológica, que

se soporta sobre la denuncia, y justifica las razones operativas del relato, tanto en el contexto literario como en el entramado socio-político de su momento, y es allí donde viene a revelarse su verdadera función.

Tanto en la praxis escritural como en su propia reflexión, Gonzalo Picón Febres se mostró como un defensor del realismo. Así lo demuestra en distintas instancias de **La literatura venezolana en el siglo XIX**:

La novela que ha debido ser la copia de las costumbres nacionales y el reflejo de la Patria en todos los aspectos de su vida, apenas fue desacertada imitadora durante la época del romanticismo, haciendo gala pasajera del más lamentable desacuerdo entre la fantasía y la razón. La novela realista abrió un nuevo rumbo, aunque apartándose de la verdad con no poca frecuencia, y sin emanciparse por completo de los resabios románticos de disciplina; pero el fundamento queda puesto, y los ingenios nacionales tendrán que volver la vista a ella, para cultivarla en lo que muestra de verdaderamente hermoso. <sup>(10)</sup>

Los años finales del siglo XIX aparecen en la confluencia de movimientos, escuelas y tendencias literarias en franca oposición, fundamentalmente el romanticismo y el modernismo. En ese marco se aprecian otras que, como el criollismo, surgen con gran fuerza y arrastran una propuesta heterogénea, asimilada desde los cuadros de costumbres y del artículo de tradición.

En el contexto socio-cultural, el proyecto modernizador que había arrancado aceleradamente en el septenio guzmancista se refuerza en lo político-ideológico y permite apreciar en perspectiva el inicio de la modernidad literaria en nuestro país con características muy singulares respecto de otros grandes centros urbanos del momento en América Latina, tales como México o Buenos Aires, que inician sus procesos de modernización en los mismos años.

En esa confluencia polémica, no podrían encontrarse deslindados los elementos de tendencias puras, más bien lo que

resulta de todo ello es una mixtura temática e ideológica que la literatura va reflejando en mayor o menor grado:

El Romanticismo sentimental convive con las tendencias del socialismo utópico, antesala del Positivismo en Hispanoamérica —iniciado con Fermín Toro casi treinta años antes—. El «color local» de costumbristas y nativistas se inserta en el realismo para desembocar en la búsqueda de una novela temáticamente venezolana. <sup>(11)</sup>

No obstante esta multiplicidad de estéticas, sin dudas se ha reconocido en **El Sargento Felipe** la preponderancia de elementos que temáticamente la inscriben en la tendencia realista.

Así, de la sensibilidad individual que aparecía expresada en el discurso narrativo a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX vino a prevalecer el interés explícito por mostrar los conflictos interiores de una sociedad que en lo narrativo se intentaba re-presentar, pero asumida desde la expresión conflictiva de su imaginario social.

Esto podría explicar el trasfondo realista —y no solamente esteticista— de la novela, más allá de un contexto marcado profundamente por la pugnacidad y beligerancia política en un país que todavía tambaleaba en sus primeros pasos como nación independiente y soberana; pero aún —y por bastante tiempo en lo sucesivo— golpeada por los vaivenes de las guerras civiles.

En tal sentido el realismo que subyace en esta novela intenta reflejar una problemática particular en el trasfondo de sus contradicciones. No obstante, no logra profundizar, por más que lo intente, puesto que esa misma realidad difícilmente puede ser captada en su totalidad. Como bien lo señaló Mariano Picón Salas, refiriéndose a **El Sargento Felipe**, «*el mérito del libro no estribaba tanto en la fuerza de su invención como en su capacidad de denuncia*». <sup>(12)</sup>

Esto, por otra parte era la consecuencia del traumático

proceso vivido durante la Guerra de Independencia, que se prolongaba aún en la existencia y actuación de algunos caudillos que continuaron luchando por mantener su presencia y su poder, lo cual revelaba que una vez hecha la guerra no era posible vivir sin ella.

#### IV

La herencia intelectual de Gonzalo Picón Febres ha significado un rico aporte al panorama de las letras nacionales. El estudio y valoración de su ensayística —histórica y crítica— así como de su poesía y narrativa continúa siendo una gran deuda de los estudiosos venezolanos.

Su perspectiva analítica y sus obras de creación fueron postergadas en el reconocimiento de sus contemporáneos, al menos en el país no hubo la entusiasta recepción que disfrutaron otros autores del momento, cayendo sobre él una «conspiración de silencio». No es fácil encontrar las ediciones originales de sus obras; pocas han sido reeditadas y la novela que nos ocupa, **El Sargento Felipe**, no obstante sus ediciones anteriores <sup>(13)</sup> resulta una rareza bibliográfica. Por ello es perentorio reinsertar en la dinámica de la narrativa venezolana una obra que fue y es, más allá de lo literario, documento testimonial de una época convulsa y polémica.

**Gregory Zambrano**  
Instituto de Investigaciones Literarias  
"Gonzalo Picón Febres"  
Universidad de Los Andes.  
Mérida, 1994

#### NOTAS:

1. Al respecto, véase el ensayo de Domingo Miliani «Gonzalo Picón Febres, historiador de Venezuela intelectual», prólogo a **Nacimiento de Venezuela intelectual**. Mérida: Universidad de Los Andes, 1968. Tomo I; pp. 9 - 42. Por ser de más fácil acceso citaremos la reedición incluida en **País de lotófagos**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992, donde señala: «El período del gomecismo será uno de los más ricos en el proceso de la literatura y el pensamiento venezolanos del siglo XX. En esa época, si se la juzga objetivamente, están las raíces de la cultura contemporánea. Desde el poder o contra él, la cultura literaria, cuantitativa y cualitativamente, produce lo más valioso con que cuenta el patrimonio venezolano por lo menos hasta 1936, cuando nuevas promociones se empeñan en buscar otras respuestas a los problemas de la cultura»; p. 119. Es necesario advertir que por su adhesión al gobierno de Cipriano Castro, Gonzalo Picón Febres mantuvo luego una posición de absoluta reserva frente al gobierno de Gómez. Véase el «Prólogo» de Mariano Picón Salas, «Memoria de Gonzalo Picón Febres» En: **El Sargento Felipe**. Caracas: Ministerio de Educación, 1956. (Biblioteca Popular Venezolana, 60); p. 12.
2. Juan Darío Parra. **Orígenes de la novela venezolana**. Maracaibo: Universidad del Zulia-Centro de Estudios Literarios, 1973; p. 119. Sobre este aspecto también puede consultarse **Historia y crítica de la novela en Venezuela** de Rafael Angarita Arvelo. Berlín: Imprenta de August Pries Leipzig, 1938; especialmente el capítulo «La victoria realista»; pp. 23-25.
3. Cfr. **Cipriano Castro y su época**. Caracas: Monte Avila Editores, 1991, especialmente el trabajo de D. Miliani «La vida intelectual en la época de Cipriano Castro»; pp. 147-164.
4. Domingo Miliani. **País de lotófagos**; p. 127.
5. Osvaldo Larrazábal Henríquez. **Historia y crítica de la novela venezolana del siglo XIX**. Caracas: UCV-Facultad de Humanidades y Educación, 1980; p. 198.
6. Esta opinión involucra, entre otros, al mismo Picón Febres, quien apunta en **La literatura venezolana en el siglo XIX: «A Manuel Vicente Romero-García corresponde la gloria toda entera de este primer paso, la gloria de haber abierto la ancha brecha por donde se han ido a todo andar los novelistas posteriores. A pesar de todos sus defectos, vulgaridades y crudezas de descripción y lenguaje, Peonía será siempre un gran esfuerzo merecedor de loa (...)**». Caracas: Ediciones de la Presidencia de

- la República, 1972; p. 386. (Fuentes para la historia de la literatura venezolana; 4).
7. Rafael Di Prisco. **Acerca de los orígenes de la novela venezolana**. Caracas: UCV-Dirección de Cultura, 1969; p. 60.
  8. Al respecto, véase el breve y polémico artículo de Orlando Araujo «¿Hasta cuándo **Peonía?**» En: Oscar Rodríguez Ortiz. **Venezuela en seis ensayos**. Caracas: Monte Avila Editores, 1987; pp. 113-119.
  9. Al comentar **La tristeza voluptuosa**, Picón Febres se muestra severo ante lo que considera una tesis decadente manejada de manera no conveniente por su autor: «*La tristeza voluptuosa, que es novela para hombres capaces de entenderla y de juzgarla, se funda en esta estafalaria tesis: si la vida es amar, y el amor no produce sino acerbo escepticismo y desconsolador hastío; si la vida es inútil para el hombre de superioridad intelectual, porque los ideales han muerto en la conciencia de los pueblos; si para los espíritus selectos no existen alegrías sino desolaciones hondas, preferible suicidarse lentamente y en plena juventud hasta caer en las tinieblas del Nirvana, o sea en la nada eterna del pesimista Schopenhauer. Parece mentira que esa tesis desastrosa, que es la negación precisamente del artista, del sabio y del filósofo, cuya vida no es sino de lucha por el perfeccionamiento humano, haya sido locamente formulada por Pedro César Dominici, imaginándosela cierta (...)*». Gonzalo Picón Febres. **La literatura venezolana en el siglo XIX**, cit. pp. 379-380.
  10. Gonzalo Picón Febres. **Idem**. p. 424.
  11. Domingo Miliani. **País de lotófagos**; p. 116.
  12. Mariano Picón Salas. «Memoria de Gonzalo Picón Febres», cit., p. 26.
  13. Hemos hecho referencia a la edición por entregas del **El Cojo Ilustrado** (Nos. 182 a 186, 1899); la realizada en los talleres de Herrera Irigoyen & Cía. Caracas, 1899, y las sucesivas: Librería Paul Ollendorff, París, 1913; Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1947; Biblioteca Popular Venezolana, Caracas 1956, y la de 1979, realizada por la Universidad de Los Andes y el Instituto de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres», que incluye, además del prólogo de Mariano Picón Salas, un estudio de Osvaldo Larrazábal Henríquez, que puede leerse también en su **Historia y crítica de la novela venezolana del siglo XIX**, ver nota 5; pp. 187-199.

## GONZALO PICON FEBRES

### CRONOLOGIA

- 1860 Nace en Mérida Gonzalo Picón Febres, el 10 de septiembre. Hijo de Gabriel Picón Febres y María del Rosario Febres Cordero.
- 1875 Viaja por primera vez a Caracas y de allí a Nueva York.
- 1876 Llega a Caracas y se incorpora como alumno regular de la Academia Militar de Matemáticas para seguir estudios de bachillerato.
- 1877 Regresa a Mérida.
- 1878 Es co-fundador del periódico **La Epoca** (Caracas).
- 1888 Contrae matrimonio con Josefa Antonia Lares Paredes. Viaja a Francia con el cargo de Cónsul en Saint Nazaire.
- 1889 Retorna a Venezuela. Aparece **Páginas sueltas**. Curazao: Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos. (Semblanzas y estudios literarios).
- 1890 Se publica **Revoltillo**. Curazao: Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos. (Discursos, viajes, crítica literaria).
- 1892 Comienza a publicar en **El Cojo Ilustrado**.

- 1893 Publica el poemario **Caléndulas**. Caracas: Tip. de Vapor Guttenberg, y su novela **Fidelia**. Curazao: Impr. de la Librería de A. Bethencourt e hijos.
- 1894 Es elegido miembro del Ateneo de Caracas. En Mérida culmina sus estudios de Ciencias Políticas que había iniciado en la Universidad Central. Obtiene el título de Doctor en 1895. Aparece su novela **¡Ya es hora!**. Curazao: Impr. de la Librería de A. Bethencourt e hijos.
- 1895 Aparece su segundo poemario **Claveles encarnados y amarillos**. Curazao: Impr. de la Librería de A. Bethencourt e hijos. Es nombrado Ministro Relator de la Corte Superior de Justicia del Gran Estado de Los Andes.
- 1897 Ocupa el cargo como Director de Política en el Ministerio de Relaciones Interiores bajo la presidencia del General Ignacio Andrade.
- 1898 Escribe la novela **Flor** que fue publicada en 1905. Ocupó el cargo de Director de Correos en el Ministerio de Correos y Telégrafos.
- 1899 Se publica la más importante de sus novelas **El Sargento Felipe**. Caracas: Tip. de Herrera Irigoyen & Cía. Aparece **Notas y Opiniones**. Caracas: Tip. Herrera Irigoyen & Cía. (Colección de artículos sobre arte y crítica). Es nombrado Senador Electo por el Estado de Los Andes y Vice-Presidente del Senado. Fue designado Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, pero no tomó posesión.
- 1900 Es designado Miembro Correspondiente de la Academia Española.
- 1906 Aparece su obra crítica más relevante **La literatura venezolana en el siglo XIX (Ensayo de Historia Crítica)** Caracas: Empresa «El Cojo».

- 1907 Ocupa el cargo de Ministro de Relaciones Interiores bajo la presidencia de Cipriano Castro.
- 1908 Es designado Cónsul en Nueva York. Los sucesos políticos que siguieron al derrocamiento de Castro por parte del Vice-Presidente General Juan Vicente Gómez, precipitaron el retorno de Picón Febres a Venezuela de quien se tienen pocas noticias de sus actividades hasta 1909 cuando retorna a Mérida.
- 1910 Es invitado a Caracas como orador de orden en los actos conmemorativos del 19 de abril.
- 1912 Aparece la recopilación de aproximaciones críticas sobre su obra, que titula **Teatro crítico venezolano**. Curazao: Impr. de la Librería de A. Bethencourt e hijos. Edita **Libro raro**. Curazao: Imp. de la Librería de A. Bethencourt e hijos (Sobre aspectos filológicos). Aparece su novela **Nieve y lodo**. París: Librería Paul Ollendorff. Se incorpora como profesor de la Universidad de Los Andes. Imparte las cátedras de Historia Universal y de Venezuela, así como la de Derecho Constitucional.
1913. Viaja a París.
- 1914 Regresa a Venezuela. No se ausentará más de su país, sino hasta que una cruenta enfermedad lo obliga a salir hacia el hospital de Curazao.
- 1918 Fallece en Curazao el 6 de junio.
- Póstumamente aparecen sus libros **Nacimiento de Venezuela intelectual**. 2 vol. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1939. (Historia y Crítica). **Don Simón Rodríguez. Maestro del Libertador**. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1939. (Biografía). **De tierra venezolana**. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1939. (Novelas cortas y semblanzas).

**Apuntaciones Críticas.** Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1939. (Crítica Literaria).

*Fuente:* Lubio Cardozo y Juan Pintó. **Diccionario General de la Literatura Venezolana** (Autores). Mérida: Universidad de Los Andes, Centro de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres», 1974; pp. 585-590.

Domingo Miliani. «Gonzalo Picón Febres, historiador de Venezuela intelectual». En: **País de lotófagos**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992 (Estudios, Monografías y Ensayos, 148); pp. 115 - 145.

## EL SARGENTO FELIPE